

Bioética urbana: una transdisciplina militante

Urban bioethics: militant transdiscipline

*Laura Sarmiento**

Resumen

Nuestros contextos periféricos al desarrollo padecen las injusticias socioambientales que devienen del aclamado progreso económico. Las realidades son complejas y en las diversas luchas, el grito movilizador es siempre el mismo: ¡POR LA VIDA, POR LA DIGNIDAD Y POR EL TERRITORIO! Necesitamos de miradas plurales, cargadas de sensibilidad por los territorios y sus habitantes para comprender qué es lo necesario, al tiempo que urge articular las diversas disciplinas y tener una actitud de apertura para con estos contextos donde los conflictos acontecen y la complejidad se presenta como desafío cognitivo.

Proponemos una Bioética Urbana para afrontar dicho desafío cognitivo y sumar esfuerzos a las transformaciones que acontecen en los territorios y sus gentes. La iniciativa propone una transdisciplina militante que haga comulgar por un lado, la pasión por encontrar un camino consensuado común, y por otro, la inteligencia colectiva que hunde sus raíces en la sensibilidad organizada de los territorios.

Palabras clave: Bioética Urbana, justicia ambiental, bienes comunes, complejidad, transdisciplina.

Resumo

Nossos contextos periféricos ao desenvolvimento padecem as injustiças socioambientais que derivam do aclamado progresso econômico. Nossas realidades são lutas complexas e diversas, o grito de mobilização é sempre o mesmo: PELA VIDA, PELA DIGNIDADE E POR O TERRITÓRIO! Precisamos de olhares plurais, cheios de sensibilidade pelos territórios e por seus habitantes para entender suas necessidades, ao mesmo tempo em que urge articular as diferentes disciplinas a se abrirem em relação a esses contextos onde os conflitos ocorrem e onde a complexidade se apresenta como um desafio cognitivo.

Propomos uma Bioética Urbana para abordar esse desafio cognitivo e unir forças para mudanças que ocorrem nos territórios e com as pessoas. A iniciativa é uma transdisciplina militante articulando, por um lado, a paixão para encontrar uma forma consensual comum e, por outro, a inteligência coletiva enraizada na sensibilidade organizada dos territórios.

Palavras-chave: Bioética Urbana, justiça ambiental, commons, complexidade, transdisciplina.

Abstract

Our peripheral development contexts suffer the social and environmental injustices that become acclaimed economic progress. Our realities are complex and various struggles, the mobilizing cry is always the same: FOR LIFE, FOR DIGNITY AND THE TERRITORY! We need plural looks, full of sensitivity to the territories and their inhabitants to understand what is needed, while urging articulate the various disciplines and have an open attitude towards these contexts where conflicts occur and complexity is presented as a cognitive challenge.

We propose an Urban Bioethics to address such cognitive challenge and join forces to changes what occur in the territories and people. The initiative is a militant transdiscipline to articulate on the one hand, the passion for finding a common consensual way, and secondly, the collective intelligence rooted in organized sensitivity of the territories.

Keywords: Urban Bioethics, environmental justice, commons, complexity, transdiscipline.

* Dra. Arq. Investigadora en Bioética Urbana y conflictos territoriales. CONICET. CIECS. UNC. lauruch@hotmail.com; <https://bioeticaurbana.wordpress.com/>

La fase de latencia de las amenazas del riesgo llega a su fin. Los peligros se vuelven visibles. Los daños y destrucciones ya no se consuman solamente fuera de la experiencia personal en la esfera física, química o biológica de las cadenas de efectos, sino que cada vez asaltan con mayor claridad a la vista, al oído, al olfato. (...) El final de la latencia tiene dos caras: el riesgo mismo y su percepción (pública). Nunca quedan claros si los riesgos se han intensificado o nuestra visión sobre ellos. Ambos aspectos convergen, se condicionan y se fortalecen mutuamente, y porque los riesgos son riesgos en el conocimiento, los riesgos y su percepción no son cosas diferentes sino una y una misma cosa.

Ulrich Beck, *La sociedad del riesgo*

Bioética, justicia ambiental y bienes comunes

La presente propuesta se inscribe en una perspectiva de investigación militante, que reflexiona desde los conflictos socioterritoriales que no son advertidos y que tienen una incidencia determinante a la hora de abordar las problemáticas ambientales globales. De esta manera urge ampliar la perspectiva de la bioética hacia una mirada pluralista y situada, que sume esfuerzos en dirección a lo ya construido por las perspectivas de la justicia ambiental y la ecología política.

A partir de la Declaración Universal sobre Bioética y Derechos Humanos en el 2005, se incluyó en el debate de conflictos y dilemas bioéticos, aspectos sociales y ambientales hasta ahora ignorados por los países ricos y considerados fundamentales para los países periféricos. En discordancia con las voluntades de estos países (llamados “centrales”), se incluyeron dentro de esta declaración las dimensiones socio-política-ambiental, referidas tanto a las personas excluidas y afectadas por el sistema, como a los *territorios* que éstas habitan.

Este cambio en la historia de la bioética de la mano de los derechos humanos habilita a postular, como sostiene Nicolás Sosa, una *ética ecológica* donde el valor guía sea el de la solidaridad, no concibiendo a ésta encorsetada en deberes

y reciprocidades simétricas. La propuesta debe venir de la mano de una radical asimetría que suponga a la tierra como espacio vital de todos los seres, que han de compartir y disfrutar sus bienes. A propósito de esta asimetría, cabe decir que sigue vigente, en la concepción actual la idea de que la tierra es “menos” en tanto sigue siendo considerada un recurso natural y la humanidad es “más”, en tanto es dueña y rectora de la misma. Justamente siendo sensible a esta asimetría, Potter plantea su segundo libro “Bioética Global” (Potter 1988) referido a la reconstrucción del legado de Aldo Leopold. Su intención es conducir los propósitos de la bioética a una Bioética Ecológica fundada en una *ética del territorio* (Leopold 1949) donde se considere un cambio de rol del *homo sapiens*: de ser un conquistador de la comunidad de la tierra a proyectar ser parte y ciudadano/a de ésta (Potter 1988:19). Así es que se replantea una relación responsable entre la tierra y la humanidad donde las partes son interdependientes y no iguales, por lo que exige diferentes compromisos de cada una.

Por otra parte, el concepto de asimetría, en este trabajo, será utilizado en función de las gentes acomodadas en detrimento de las marginales y afectadas. Esto equivale a pensar el problema medioambiental, no en términos de humanidad-naturaleza, sino en términos de “humanidad en la naturaleza” (Sosa 2000:15). De este modo, la dimensión ambiental-ecológica integrada a lo social, lo económico y lo político, permite una alianza entre la bioética y la perspectiva de la justicia ambiental. Esta última, implica un redescubrimiento de los vínculos de los derechos humanos y la justicia social, por un lado; y de la interconexión entre los problemas sociales, económicos y ambientales por el otro.

La justicia ambiental en su práctica en y desde los territorios asume una política de coalición (Di Chiro 2013) que articula alianzas transformativas, es decir, prácticas cargadas de poder por parte de diversos actores sociales a través de la participación, sobre los conocimientos situados en el mundo y creando nuevas entidades eco-políticas colectivas con la esperanza de sobrevivir juntos (Haraway 1992:311). De esta manera la batalla por la reproducción de la vida, las cosas carna-

les, desordenadas e indeterminadas de la vida cotidiana, es el interés común que articula a los diferentes sujetos/as desde los territorios, atravesando diversas escalas y conflictos. En alianza con la bioética y la justicia ambiental, en co-acción con organizaciones de base, estos sujetos/as luchan por el mantenimiento y la sostenibilidad a largo plazo de la vida, ubicando naturaleza y ambiente en las geografías de la vida cotidiana: los “lugares en los que nosotros vivimos, trabajamos, jugamos, aprendemos y rezamos”, pues es desde allí donde nace el grito: “¡POR LA VIDA, POR LA DIGNIDAD Y POR EL TERRITORIO!”

Este grito trae en su voz un alerta y un debate: la vida trae el debate en relación con la naturaleza por la dignidad, el debate de la diferencia y el territorio es el elemento central del sistema-mundo. De este modo, no es posible pensar en una materia fija y universalizable que represente los territorios, ya que éstos son en función de quienes los habitan, quienes con sus vidas cotidianas van “*geo-grafiando*” (Porto Gonçalves 2015) esos territorios. Respetar a los sujetos que *están ahí* permitirá conocer la relación habitar-tiempo-territorio que va construyendo la materia de éstos, siempre en transformación, siempre en relación a algo o alguien. Una materia ligada.

En esta alianza de bioética-justicia ambiental aparece una transdisciplina que no podría ser sino militante, sensible a las identidades colectivas que acontecen en los territorios, para la creación de una ética, estética y política para la acción. La variable *tiempo* así como las de creación y fortalecimiento de *vínculos* son bases de esta inteligencia colectiva que se consolida como un saber en sí misma, es *conocimiento para la acción* que se gesta desde la experiencia compartida de afectación de los cuerpos en el territorio, construyendo una legitimidad y arraigo irrefutables. A su vez, va creando el contexto para esta ética, estética y política que requieren la presencia vital y la experimentación, para que desde los cuerpos y sus potencias se genere un nuevo espacio-tiempo, posibilitador de capacidades y experiencias comunes que llevarán a la transformación de las rutinas dañinas en nuevas rutinas amables con la vida.

El valor de los comunes en los contextos urbanos

No se podría llevar a cabo ninguna ética, estética ni política sensible a estas inteligencias colectivas sin tener en cuenta el valor de los *comunes*. En los tiempos que corren, vamos despertando de a poco a la conciencia de que estamos viviendo una crisis civilizatoria. Ya no sólo estamos divididos en norte-sur o este-oeste, saqueadores y saqueados, colonizadores y colonizados, hoy estamos infestados de micro divisiones en los pequeños espacios que habitamos en nuestra vida cotidiana. Reivindicar esos micro espacios como construcciones comunes potentes, para la puesta en práctica y al mismo tiempo para la creación de una ética, estética y política como parte esencial de nuestra vida, nos transforma en sujetos/as políticos/as que luchamos por mantener vivo nuestro ser-en-común, disidiendo y decidiendo cómo comprometer nuestra libertad sin perderla, potenciándola, adhiriendo a la construcción de una inteligencia colectiva que se sustenta del *común*.

Cabe aclarar que cuando hable del *común*, *bienes comunes*, *commons*, *procomún*, lo haré desde la perspectiva potteriana donde se pone en cuestión “la ganancia del presente en términos económicos versus un hábitat saludable” (Potter 1988:63). De esta manera se pone en evidencia el dilema bioético del “ambiente óptimo” que fundado desde una ética del territorio es condición *sine qua non* del ser común. Así es que los términos *común*, *bienes comunes*, *commons*, *procomún* referirán a este ecosistema saludable construido colectivamente por una comunidad que se identifica en él, y desde donde cobra sentido su existencia. La defensa de este común es algo por lo que se está dando batalla en estos tiempos, en la construcción de redes y subjetividades, en los movimientos, en la creación de conciencia, por las amenazas de saqueo y privatización. Estas amenazas sitúan a cada uno en los territorios, en sus habitares cotidianos que en su mayoría son contextos urbanos. De este modo, es la ciudad un escenario donde lo común tiene la posibilidad de existir y existe, bajo la forma de conflictos y luchas, siempre en relación a la integridad del territorio, por la disputa de sentido. Es decir, territo-

rio-vida-dignidad como conjugancia para un habitar saludable versus mercancía como ganancia económica. Los conflictos urbanos son fronteras mutantes donde el capital intenta imponer su norma y su poder, siempre en el intento de re-constituir y re-territorializar estas zonas en nuevas mercancías, re-estableciendo dimensiones fijas en el espacio para un control sin escapes, en pos de un supuesto “orden” urbano.

El sistema capitalista hegemónico en el que estamos insertos, conlleva una estructura de ciudad que se vive de acuerdo a un modelo de desarrollo regido por el derecho y deber capitalista, “siendo la ciudad restringida una meta esperada” (Borja 2012:341). La ciudad pareciera no tener demasiadas alternativas, sólo unos pocos pueden acceder al disfrute de la misma. El motor de crecimiento habilitado corre por la ruta del progreso inmobiliario, haciendo de la distribución del territorio una acción de violencia-injusticia en la que todo queda reducido al negocio, la acumulación capitalista, al beneficio del capital de consumo y a las acciones de la necesidad individual. Generalmente no han sido parte de la discusión en el ámbito de lo urbano los conflictos generados por el *extractivismo*, la mercantilización del espacio y el despojo del *común*, que dejan una inmensa cantidad de personas afectadas y empobrecidas, conformando interminables zonas marginadas y oprimidas por el sistema; y en consecuencia, por todas las personas que habitan según la ética del capital.

En este contexto, la ciudad, en este último tiempo, da cuenta de una voluntad de control y uniformidad en el modo de vivirla y en la cotidianidad de la vida. La cultura única rige las alternativas permitidas, cualquier intento de mutación es censurado a través de las normas y normativas vigentes y represiones ilegales: en este último tiempo (2012-2015) han aumentado las denuncias en los medios alternativos de información acerca de las represiones policiales realizadas a los habitantes de los barrios marginales por las modificaciones hechas en sus viviendas sin supervisión. De la misma manera pero en un sentido inverso y desigual, se contabiliza un número inmenso de “excepciones” realizadas sobre territorios-mercancía por parte de grupos inmobiliarios empre-

sariales que no reciben ningún tipo de sanción legal ni moral¹.

La miseria, entendida en sentido de aislación, de imposibilidad de ser con otros diferentes, de mezclarnos, de pensarnos, de imaginarnos y desear algo común, nos está cercando. Esta miseria nos mantiene separados de lo que podemos hacer y devenir. La posibilidad de que el conflicto exista para poder imprimir nuestra singularidad en el espacio que habitamos, cada vez es más costoso y supone no sólo el esfuerzo sino la lucha -a veces muy violenta. El modelo capitalista extractivo quiere boicotear constantemente esa potencia conflictiva de la ciudad. Se hace de la renta para des-localizar y des-armar el común. La riqueza producida a partir de las inteligencias colectivas son abstraídas, capturadas y privatizadas en parte, y criminalizadas, estigmatizadas y prohibidas en otras ocasiones. Sin embargo y pese a todos los intentos, el ser-en-común de estas inteligencias colectivas se escapa a la normalización, a la mercantilización por el boicot y no puede ser objeto de posesión. Este ser en común -intrínseco a las inteligencias colectivas- tiene capacidad de organización haciendo posible la indignación a partir de la injusticia de los controles y los saqueos de las privatizaciones.

En “La banalización de la injusticia social”, dice Cristophe Dejours:

El sufrimiento suscita un movimiento de solidaridad y protesta sólo en caso que se establezca una asociación entre la percepción del sufrimiento del otro y la convicción de que dicho sufrimiento es causado por una injusticia. Por supuesto, sin percepción del sufrimiento del otro, no se podría plantear el problema de la movilización en la acción política y tampoco el de la justicia y la injusticia(...) Las personas capaces de disociar su percepción del sufrimiento del otro y el sentimiento de indignación que implicaría el reconocimiento de una injusticia suelen adoptar una postura de resignación. De este

1 Sobre el tema se puede consultar las siguientes páginas: <http://www.diaadia.com.ar/cordoba/apuran-nueve-convenios-urbanisticos-para-financiar-obras>, <http://www.nuestracordoba.org.ar/node/149>

modo la denuncia funciona en un sentido poco habitual, según el cual su resultado sería familiarizar a la sociedad civil con la infelicidad e incluso constituir una preparación psicológica para soportarla (Dejours 2006).

De este modo, constatamos que las reacciones como movilización colectiva son posibles basadas en una iniciativa del común. No estamos obligados/as a aceptar el estado de las cosas como están dadas, sino que por el contrario, el sufrimiento que generan las injusticias construye la potencia y el poder de actuar contra la opresión y de impugnar las causas de nuestro sufrimiento colectivo, transformándonos en algo diferente. De este modo, el estar alertas y sensibles al cuidado del *común* podría orientar la acción y la transgresión crítica frente a los desarrollos dominantes, dando lugar a reivindicaciones concretas y prácticas subversivas, propiciando una ética, estética y política para el marco organizativo de subjetividades alternativas a este modelo injusto.

Conflictos urbanos: el escándalo del capital

En los párrafos anteriores hablábamos de los *conflictos* como un espacio de potencia donde existe y se manifiesta el *común*, y la síntesis creativa de una sabiduría para la acción. Ésta es la razón por la cual el espacio de los conflictos es un espacio valioso que el capital quiere controlar. Los conflictos son el territorio desde dónde surgen las inteligencias colectivas y donde se va pariendo la acción cotidiana de las alianzas transformativas. Estos conflictos siempre ocurren en algún lugar, siempre pueden ser cartografiados; el conflicto tiene actores/as, tiene protagonistas. Si hay un conflicto por la tierra, por el agua, por el salario, siempre ocurre en algún lugar, acontece en los lugares, es decir, en los territorios; nunca es abstracto y es inherente a las relaciones sociales y de poder, porque su contradicción es obvia. ¿Qué es el conflicto sino la contradicción en estado práctico que se produce concretamente a través de los interesados/afectados? Por ello, haciendo una geo-grafía de los conflictos, como dice Porto-Gonçalves, podríamos aportar al conocimiento de los territorios y en consecuencia,

de nosotros mismos y las gentes que en ellos habitamos. La lucha y la idea de conflicto ocupan un lugar privilegiado desde el punto de vista epistemológico. El conflicto está para la sociedad así como el dolor está para nuestra cura. El dolor es el síntoma y sin él no sabemos cómo curarnos. El conflicto es la sociedad que con su grito de dolor manifiesta intereses contradictorios. El capital quiere el orden, quiere ordenar el espacio, y no tiene en cuenta los intereses contradictorios inscritos en la sociedad. Es autoritario. Entonces, son los conflictos los que aumentan el conocimiento de la sociedad sobre sus problemas.

Ahora bien, pareciera que en los territorios se está en lucha siempre, como en una guerra sin final con un adversario que no tiene otro nombre que capital. Pues es así. Existen condiciones y contextos diferentes en los que el capital va tomando diversas formas, siempre queriendo poseer y controlar, saqueando la cotidianidad de las vidas y sus potencias. La relación del capital con los territorios tiene la impronta de saqueo, desde la colonia hasta hoy; el capital va haciéndose de miles de formas cambiantes para obtener su objetivo: saquear, poseer y destruir. Cuando se lo plantea en estos términos parece una cuestión sumamente fatalista, y lo es. Las formas que va asumiendo el capital son tan sutiles que su poder se hace invisible y se va infiltrando en la cotidianidad de la vida, en nuestras formas de vivir, de relacionarnos, de habitar, pero ello no evita que queden manifiestas las diferentes injusticias y violencias.

De esta manera así como hablamos de territorios en plural también tenemos que hablar de extractivismos, ya que no hay una sola forma de extractivismo sino que acontece en diversos escenarios. Como dice Alberto Acosta, son como los “apellidos al desarrollo”: se vio que el desarrollo no era a secas crecimiento económico, entonces se habló de “desarrollo social”; empezaron a aparecer problemas de inequidad, y se comenzó a hablar de “desarrollo a escala humana”; luego, problemas de género y surgió el “desarrollo con equidad de género”; luego, problemas ambientales, que dieron pie al “desarrollo sustentable”; pero no nos dimos cuenta de que el problema es el concepto mismo del desarrollo. Hay que cuestionar

la idea misma de desarrollo, que lleva inmersa la ilusión del progreso, de reeditar el estilo de vida de los países ricos, la ilusión de “superar nuestro atraso”. Pero además es preciso comprender que los países que consideramos desarrollados están mal desarrollados (Acosta 2015). Lo mismo ocurre con el extractivismo, cada territorio está librando la batalla a esa forma del capital que se apoya, como dicen los zapatistas, en cuatro ruedas: despojo, desprecio, discriminación y represión, por lo que en cada territorio el extractivismo obtendrá el adjetivo que le venga bien a su saqueo. Frente a este escenario, somos las gentes de los sures del mundo las que estamos proponiendo alternativas con el desafío y la urgencia de superar la idea del progreso, la idea del desarrollo y construir y re-construir una civilización diferente, a partir de otros valores y otros principios.

Extractivismos y zonas de sacrificio

En el actual contexto, los extractivismos deben ser entendidos como un patrón de acumulación basado en la sobreexplotación y saqueo de recursos vitales, y en la expansión de las fronteras hacia territorios antes considerados improductivos. La problemática ambiental es invisibilizada y reducida a un segundo plano disociado, en vista a los graves problemas de pobreza y exclusión de las sociedades latinoamericanas. Ahora bien, lo que no se tiene en cuenta es que a pesar que las consecuencias de los impactos ambientales no distinguen clases sociales, son los sectores vulnerables de la población los que sufren de forma más desproporcionada los daños ambientales. Esto se debe a que suelen estar asentados en las áreas más afectadas por las fuentes contaminantes, ya que carecen de los medios económicos para afrontar la externalización de los costos (que sí pueden realizar los segmentos sociales más poderosos y dominantes), con lo cual se deteriora progresiva y significativamente su ya precaria calidad de vida. Por ello no es casual que los mapas de la pobreza o de la exclusión social coincidan inevitablemente con los de la degradación ambiental (Svampa y Viale 2014:16-84).

De esta degradación ambiental surgen las llamadas “zonas de sacrificio” donde acontece la

radicalización de una situación de injusticia ambiental que sufre la degradación de los territorios y de la calidad de vida, ante la consolidación de modelos que operan en detrimento de la vida. Así, con el paso del tiempo, lo que queda para las comunidades locales son los impactos ambientales y sociosanitarios, territorios convertidos en zonas de sacrificio en las que también los cuerpos y las vidas mismas devienen descartables y sacrificables. De este modo se van expandiendo los límites de las fronteras de las zonas de sacrificio, las gentes y sus vidas, son sacrificables para dar lugar al modelo económico vigente. Así, a favor de crear las condiciones necesarias para la instalación del capital, empresas y gobiernos proyectan una visión eficientista de los territorios considerando a éstos como “socialmente vaciables”, en la medida que contienen bienes valorizados por el capital (Sack 1986).

En el nombre del progreso, las comunidades de dichos territorios aparecen invisibilizadas, las economías regionales devaluadas o sus crisis se exacerban, a fin de facilitar el ingreso de otros proyectos de desarrollo que terminan convirtiéndose en agentes de ocupación territorial (Svampa y Viale 2014:31). Las vidas dejan de tener la importancia suficiente como para frenar “el progreso”, sin embargo, a veces no sólo es la tierra sino también la identidad la que es robada, y a veces eliminada. La lucha es material y simbólica. Los territorios saqueados, luego de los *genocidios* ocurridos, serán re-ocupados pero sin la red de relaciones y lazos que daban sustento a esas vidas e identidades pre-existentes. Son espacios colonizados y controlados por el capital, donde el nuevo ciudadano que lo ocupará, ya no es un ciudadano de derechos sino que se convierte en un ciudadano de consumo, basado en el modo de vida del capital. Estos territorios vaciados, pierden en este genocidio simbólico y material, la potencia de ser espacios de transición, territorios de conflicto, ya que se someten a la dirigencia del mercado junto con el hacer efectiva la banalización de la injusticia social y de cualquier riesgo ambiental y para la vida. El escenario para el nacimiento de las inteligencias colectivas los pierde como actores protagonistas devenidos en sujetos

anestesiados, reprogramados desde la repetición y el consumo acrítico.

Extractivismo urbano vs democracia expandida

Estamos viviendo en un contexto donde la mayoría de las iniciativas son consecuentes a un urbanismo neoliberal, es decir, que responde a la liberalización de los mercados del suelo, la concentración del capital inmobiliario con gran capacidad de gestión financiera y la irrupción de inversiones para el desarrollo de megaproyectos con alto impacto territorial (Svampa y Viale 2014:247).

La especulación urbana expulsa y provoca desplazamientos de gente, aglutina riqueza, se apropia de lo público, provoca daños ambientales generalizados y desafía a la naturaleza en el marco de una degradación institucional y social. Los barrios van perdiendo sus identidades, y sus habitantes no participan de las decisiones de las políticas de planeamiento urbanas. Paralelamente los espacios verdes y espacios públicos son completamente sacrificables en pos del “crecimiento” de la ciudad y la generación de renta para las corporaciones inmobiliarias. El territorio de la ciudad, y nosotros, sus habitantes nos hemos convertido en un bien de cambio sin importar lo que existe, vive y habita.

El extractivismo urbano está consolidando ciudades degradadas, violentas, insalubres, privatistas, exclusivas y antidemocráticas. En las ciudades no hay petróleo, no hay minerales, no hay bosques ni campo; hay tierra pública. Las corporaciones inmobiliarias codician esas tierras. De manera que en el proceso de saqueo de estas tierras enmascaran una creación destructiva del territorio, generalizando los paisajes banales carentes de vínculos con el entorno y vacíos de significación urbana. Los planes estratégicos que hoy “renuevan la ciudad” no sólo no presentan una perspectiva ambiental sino que implican una destrucción del territorio, un violentamiento de los derechos de las poblaciones locales, sobretudo de los sectores vulnerables, que terminan por ser los

nuevos desplazados en nombre del desarrollo urbano (Svampa y Viale 2014:271).

Otro factor de este modelo es la regresión de la democracia que genera una ausencia programática: la no licencia social. Esto significa que no existe la consulta a las gentes que viven y habitan los territorios, no existen controles ambientales para un seguimiento y reconocimiento de los impactos, y de más está decir, que la presencia del estado es casi nula, ya que los gobiernos tienden a vaciar de contenido no sólo el ya bastardeado concepto de sustentabilidad, sino también a manipular las formas de participación popular, o impedir la y hasta reprimirla. Frente a las políticas de desarrollo que responden al modelo extractivista y de acumulación por despojo, existen iniciativas alternativas que pueden contribuir a la creación de un camino más cercano a la *esperanza de sobrevivir juntos/as*. Por un lado la construcción de una ética, estética y política que apueste por la desmercantilización de la vida, y por otro, expandir las fronteras de la democracia para la construcción de un *ethos* del común donde sea obligación para cualquier transición relativa al territorio, la consulta a las comunidades.

La re-creación de la ciudad depende inevitablemente del ejercicio de un poder colectivo sobre el proceso de urbanización. En definitiva se trata de repensar de quién es la ciudad y quién decide sobre ella. A lo largo de la historia ha sido necesario que se reconozca “el derecho a tener derechos”, y esto se ha obtenido siempre con un esfuerzo político para cambiar aquellas visiones, costumbres y leyes que negaban esos derechos. El concepto de *comunes*, como ya vimos anteriormente, aparece hoy como una de las claves en la búsqueda de un paradigma liberador, más allá del mercado y del Estado, en la lógica de las alianzas en los territorios, definiendo la lucha contra el extractivismo desarrollista.

Al extractivismo urbano y el urbanismo neoliberal se le opone el “derecho a la ciudad”, un concepto en disputa y en construcción desde su elaboración en los años sesenta por Henri Lefevre (1969). Una puja urgente de sentidos que hay que impulsar sobre qué es lo público, quien decide la planificación urbana, para qué y qué se constru-

ye, el carácter del bien uso de la vivienda, la relación de la ciudad con la naturaleza, el sentido de las grandes obras urbanas (Svampa y Viale 2014:387). En ese sentido David Harvey sostiene que nos encontramos ante la lucha para decidir quién carga de significado la disputa por el “derecho a la ciudad”, cómo se moviliza esa fuerza para decidir que “es nuestra ciudad, no la suya”. Nos toca luchar por el derecho colectivo a decidir cómo reconstruir el sistema y con qué hechas. La construcción de alternativas es tanto una oportunidad como una obligación insoslayable que ninguno de nosotros puede ni querría evitar (Harvey 2012:236).

La cuestión, es el carácter masivo o la gran escala que pueden ir adquiriendo las zonas de sacrificio, en el marco del avance de la dinámica de acumulación por desposesión. Somos las gentes quienes defendemos nuestros territorios: familias, mujeres, hombres y niños. Nosotras/os mismas/os somos quienes estamos sufriendo la segregación económica, social y espacial, sumada al sufrimiento ambiental que ocurre de manera inmediata tras el crecimiento económico. Por lo que estamos reconstruyendo y resignificando alternativas posibles para intentar superar la concepción del desarrollo como crecimiento infinito y el modelo extractivista como si fuese un destino inevitable.

Bioética y ciudad

La politización de la bioética como campo de acción, traza nuevas orientaciones epistémicas, éticas, metodológicas y de acción en el sentido de la profundización de las contradicciones existentes, tomando como escenario particular el territorio urbano. Considerando la amenaza del capital a nuestros territorios con la excusa del progreso, o del avance tecnocientífico, o de las modernización o revitalización, o de un extenso etcétera que arrasa con toda la supervivencia en nuestros habitares cotidianos, son muchas las acciones que los ciudadanos/as oponemos a esa fuerza de transformación negativa. Entender éstas como negativas es el resultado de la decisiva voluntad de control y manipulación que las mismas suponen. Cada proceso de transformación programado por el capital, lleva en su génesis una re-cons-

trucción y una re-territorialización que apunta a la creación de una nueva subjetividad controlable: una nuda vida. Cada uno de estos procesos opera a partir de agentes de ocupación territorial, que van generalizando y operativizando el capital extractivista. Su *modus operandi* comienza con la identificación de las zonas de sacrificio: se marcan los territorios que van a ser sede de esta nueva ocupación capitalista donde los cuerpos y la vida son sacrificables. De este modo se generaliza el hecho de que estas zonas de sacrificio son víctimas de una degradación asistida: violencia, insalubridad, desprecio, discriminación, despojo, represión. El problema ambiental es convivente con el social, por eso hay argumento suficiente para que estos territorios se vacíen y se reconstituyan en algo nuevo, “saneado”. Ya que hay una “degradación socio-ambiental”, ¿por qué no transformarlos en territorio servil y funcional al capital?

De esta manera los territorios son convertidos en una tabula rasa hecha a medida, quedando en consecuencia un territorio no sólo sacrificable, sino vaciable, un espacio a medida para esa nueva subjetividad, de dimensiones fijas y pre-diseñada por ese modelo extractivo. Las ciudades se vuelven privatistas, exclusivas y antidemocráticas, dejando como legado comunidades de gente desplazada y convirtiéndose ellas mismas, en dispositivos de control.

A partir de estos movimientos, la cercanía a convertirse en desplazados/as y la amenaza de esa conquista del capital, provoca una indignación que hace que los habitantes se organicen y cuiden sus territorios, su supervivencia, su vida cotidiana. El momento de indignación es un momento en que la dignidad se vuelve protagonista y entra en escena: indignación. Es el momento en que se dice ¡no! a lo que viene siendo. Se dice ¡no!, a la opresión y a la garantía de un nuevo orden de degradación asistida. Se encuentra el límite y la frontera para la supervivencia a partir de asumir la responsabilidad colectiva de la vida y el devenir. Los convivientes reconocen y ponen en movimiento su potencia: su poder de crearse la vida a su medida. La dignidad no se entiende en abstracto, va siempre ligada al territorio, a la vida en lo cotidiano, donde acontece la lucha por exis-

tir y donde la creatividad construye su morada. Así el espacio para el habitar, es ético, estético y político, y como tal, va tomando diversas formas en el transcurrir del tiempo.

Los desafíos que van aconteciendo marcan una historia estableciendo un límite con el pasado común, al tiempo que construyen un puente hacia el futuro, hacia una nueva manera de existir: una subjetividad otra, actualizada en cada día del novedoso devenir propio. En este punto es donde nacen los operativos. Estos, a diferencia de los dispositivos (Foucault 1969) son los que van a encarnar las nuevas relaciones con un territorio particular y con una subjetividad otra.

A partir de la ruptura con nuestra historia, ese decir ¡no! nos configura el límite acerca de lo que ya no somos y nos enlaza con algo que queremos ser. Ese algo tiene que ver con nuestros deseos, pero se enmarca en una necesidad profunda enraizada en el territorio que habitamos, es decir, nace desde nuestra propia historia y se encamina hacia lo novedoso que brota en acción mutante liberadora, hacia “lo que vamos siendo, lo que llegamos a ser, es decir, lo otro, nuestra diferente evolución” (Deleuze 1990:159). De esta manera los operativos comparten con los dispositivos de que habla Foucault, las consecuencias alcanzadas por estos últimos, que sirven de sustento y soporte a los operativos. Estas son, por un lado el repudio a los universales, ya que todo es variación que no tiene siquiera coordenadas constantes. Y por otro, el cambio de orientación a partir de la propia historia: se aleja de lo eterno-abstracto (lo que venía siendo) para aprehender de lo nuevo-aquí-material. Es en este instante donde ocurre una apertura a la creatividad, es decir, la disposición a lo desobturado y a lo continuo, en un aquí cercano que no funciona en un horizonte utópico inalcanzable sino que acontece como una mudanza de sentido. Este cambio de sentido es por lo tanto, un corrimiento de la subjetivación que protagoniza la aprehensión de la creatividad de la vida cotidiana para la potencia material de la misma. Esto significa que el enlace y motor para hacer nacer otra subjetividad se sitúa en la creatividad de la propia existencia en su cotidianidad. Así, los operativos son la evolución liberadora de los dispositivos. No son archivos y sedimenta-

ción, ni estrategia de poderes y saberes con un sentido último utilitarista. Los operativos se empoderan en los territorios a partir de la liberación de la vida, del control y conducción de los dispositivos enajenantes, que hasta ahora eran los que modelaban la supervivencia a partir del deseo cooptado por un poder soberano de despojo. Los operativos devuelven la producción de subjetividad al sí mismo de cada comunidad restableciendo el enlace con la inmediatez de su medio, es decir, provocan la re-apropiación del deseo que les ha sido quitado y lo conectan con la vida en su territorio. Se restaura la potencia autónoma en la apertura a la posibilidad de construir un mundo diferente al que les ha sido construido. Los operativos son la nueva subjetividad puesta en acción, son el enlace con lo desconocido (tracción con el deseo re-apropiado) que va apareciendo en la percepción de una combinación de la necesidad y ese deseo (ahora identificado) en la vida cotidiana y en el devenir del territorio que les pertenece. Fruto de un proceso de indigna(c)ción/liberación que supone la religación con los propios deseos enajenados por los dispositivos de poder y control, surgen estos operativos como una nueva subjetividad reconectada. Estos harán posible un sistema de valoración de la realidad y la actualización continua que habilita la creatividad: la potencia de construir un mundo.

Bioética Urbana

La Bioética Urbana (Sarmiento 2017) nace de la relación entre el territorio urbano y los cuerpos dignos -individuales y colectivos-, de la relación que forja la lucha por la vida, nuestros deseos y devenires, que es en definitiva nuestra potencia y posibilidad de ser en el ejercicio de nuestra libertad.

Parte de lo urbano considerando el hecho que la mayoría de la población mundial es urbana: ya un informe de la ONU en 2014 notificaba que el 54 por ciento de la población mundial reside en áreas urbanas y se prevé que para el 2050 llegará al 66 por ciento². De modo que la mayoría de los conflictos territoriales acontecen en zonas urbanas.

2 Consultado en Centro de noticias ONU: <http://www.un.org/spanish/News/story.asp?NewsID=29935#.VrZ-hfnhDIU>

Lo urbano alberga la relación horizontal que propone el territorio, es decir, donde se recogen los significados y sentidos del habitar histórico en el planeta, donde transcurre el tiempo que condiciona y es condición para la vida. En esta realidad urbana los cuerpos toman sus formas integradas que constituye su cotidianidad, su espacio-tiempo de existencia y devenir.

Este: lo urbano y sus fronteras, es el marco donde acontecen los conflictos, donde los ciudadanos se juegan su existencia y su esperanza de sobrevivir juntos/as. Por lo que la Bioética Urbana sitúa su razón de ser en el corazón de los conflictos que acontecen en este contexto y se nutre de una epistemología del mismo que al sostenerse sobre una exigencia existencial -la de sobrevivir juntos/as-, está siempre en construcción y en constante retroalimentación con el entorno. Se constituye como una pedagogía crítica que asume el conocimiento con la responsabilidad permanente de liberar para vivir bien. Es decir, asume el conocimiento como proceso constante, como forma de vida y se convierte de este modo, en una ética de la vida donde es ella misma la medida para toda acción.

Sólo una salvedad para que no haya confusión, cuando hablo de supervivencia no es en un sentido individual sino que en el sentido de "la esperanza de sobrevivir juntos/as", significando una supervivencia con otros y otras, en comunidad, en vecindad, como colectivo.

A partir de las subjetividades reconectadas en la relación de territorio y dignidad por la acción de los operativos, se va gestando el cuerpo de la Bioética Urbana. Éste va naciendo en subjetividades corporeizadas, personales y colectivas, que tienen un saber expandido en que crece el sentido de pertenencia a ese cuerpo, siendo en ese territorio y en esa identidad colectiva: un ethos que le es común y singular. Tiene que ver con un modo de estar en el mundo con otro y otros a partir del ejercicio de la propia libertad, ligada con el deseo y la conciencia de un saber que le sirve de arraigo a ese territorio y a ese ethos que lo integra y completa. Es decir, la corporeidad de esta nueva subjetividad es un ethos construido y nutrido a partir de una elección de permane-

cer. El ser parte del mismo con otros, semejantes pero diferentes, es el comienzo de la aceptación de las diferencias para la libertad y conocimiento del sí mismo de la comunidad donde se dibujarán las potencias de la creatividad. En definitiva, el cuerpo es la subjetividad corporeizada, que no es más que esa subjetividad re-ligada con sus potencias, sus deseos y conciencias de saber y saberse parte de un ethos particular que le da sentido de existir.

Es posible estructurar el cuerpo en clave de Bioética Urbana a partir de tres tipos complementarios entre sí: el cuerpo vital, el cuerpo valora(c)ción y el cuerpo de la creatividad política.

1.1. Cuerpo vital

El cuerpo vital es la vida expresada en la relación: cuerpo-territorio-conflicto, donde habita el valor creativo de la materia ligada. En primer lugar es el cuerpo, nuestro cuerpo. Éste nos sitúa en tal o cual territorio y a partir de esa situación-lique vamos forjando nuestras singularidades, dando forma a nuestro habitar. El territorio, a su vez habilita la potencia de nuestros cuerpos para forjar nuestro habitar político, es decir, con otros y otras acordar un cómo y darle forma. La presencia vital y la experimentación de los cuerpos en los territorios van creando una relación de reciprocidad-retroalimentación con la realidad. Ese estar ahí de los cuerpos, enfrenta los hechos tal cual están dados y desde esa franqueza, se combinan con la imaginación y el deseo, para construir la realidad.

El conocimiento de la realidad nos otorga autonomía para existir y potencia para crear, es el resultado de un conocimiento responsable que se arraiga en dicha realidad, y considera sus infinitas fronteras y mutaciones como posibilidades. Es por esto que cuando aparece el/los conflicto/s, lo son de oportunidades en la lucha por la vida, y dan pie al des-orden (otro orden) y desde donde se abre la puerta de la creatividad. Los conflictos son considerados como laboratorios de posibilidades, donde se experimenta con el material en bruto de la creatividad y lo nuevo aprendido queda como una herencia creativa, para que las próximas generaciones se enfrenten a la rea-

lidad. Supone la revisión y actualización permanente de nuestras intenciones en marcha, y no tiene un final conclusivo sino que deja abierta la posibilidad a múltiples alternativas. De esta manera los conflictos surgen en la micropolítica de nuestras vidas cotidianas y nos nutren con una sabiduría multidimensional para la acción.

1.2. Cuerpo valora(c)ción

El cuerpo valora(c)ción es el sistema de valores creados a partir de la conjunción de los operativos de base, los operativos sensibles, y los operativos operantes. Esta conjunción crea una alianza co-operativa que pone en la mesa las autoreflexiones y los autoanálisis hechos a partir de dichos operativos y que han brotado desde los territorios en relación a las dignidades que allí habitan. Este sistema de valoración de operativos complementarios gesta y hace nacer una inteligencia colectiva que encuentra la medida justa en la *esperanza de sobrevivir juntos/as* para guiar la acción.

Coherente a esta co-operatividad hecha inteligencia colectiva se produce la desmercantilización de la vida en pos de la politización. Se va creando el marco organizativo para el habitar de subjetividades alternativas que van surgiendo desde lo cotidiano y son transgresiones críticas y reivindicaciones concretas, de gentes concretas. Se va co-creando así las bases para una política de la vida cotidiana.

1.3. Cuerpo de la creatividad política

El cuerpo de la creatividad política nos interpela como una sensibilidad activa muy pegada a la superficie de la vida, es decir, al protagonismo de la dignidad: in-dignación/acción. Esta sensibilidad cuida la libertad del devenir, reacciona ante la amputación y el efecto de cautiverio al que el sistema hegemónico del capital nos quiere someter, por un lado; y se va actualizando y coevolucionando en el diseño orientado a *cómo habitar* nuestros territorios, por otro. Constituye el sí mismo de la comunidad en el ejercicio y la práctica misma de ser. En la in-dignación/acción se potencia tanto la creatividad como la democracia participativa, ya que esa sensibilidad habilita la

apertura para buscar alianzas co-operativas para la construcción de un ethos de vecinos/as. Aquí no se trata de relaciones ideales, ya se sabe, se puede ser buenos o malos vecinos-as, pero sí de la complementariedad de ser con otros y otras, para lograr una meta común: *convivir juntos/as*. La creatividad política juega el diseño del cómo habitamos, y la respuesta está en la reciprocidad de co-responsabilidades y diferencias complementarias. En la producción y reproducción de la vida, acontece la integración de complementariedades que generará una ética, una estética y una política creativa inclusiva de las diferentes subjetividades existentes.

De esta manera se organizará a partir de:

- La gratuidad. El otro/a es lo gratuito, ya que no puede ser reducido ni manipulado, sólo puede ser encontrado en un acto recíproco de inclusión por un fin común que crea finalmente vecindad, comunidad.
- La reciprocidad. En la co-operación y solidaridad recíproca se inicia el respeto. Esto es el reconocimiento del otro/a como un ser complementario.
- La responsabilidad colectiva. Capacidad de reforzar las interdependencias. La ética del cuidado ante los problemas comunes.
- La resiliencia. La capacidad del mantenimiento de la complejidad y la riqueza del ambiente óptimo para una complementariedad voluntaria y de confianza.

En la creatividad política se juega el surgimiento de una subjetividad colectiva política capaz de tomar el propio destino entre las manos e innovar para crear una constitución política adecuada. Será a partir de nuevas alianzas (inteligencias colectivas-operativos combinados) que se gestará la materia fecunda para una nueva ética liberadora, donde la misma forma de vivir, materializará las transformaciones positivas mudando las rutinas cotidianas para el cuidado de la vida.

Transdisciplina militante

Pudo verse a lo largo de estas páginas que los *operativos* dan lugar a la subjetividad-reconectada, ésta a su vez, hace nacer a los *cuerpos*, que son subjetividad-corporeizada, y éstos últimos dan lugar a la Bioética Urbana que hace a los sí mismos de cada comunidad en relación a su *ethos*, a través del ejercicio y la práctica de ese saber con conciencia de sí, que en esa práctica y en ese ejercicio, se va haciendo -a sí mismo- y es el fundamento de la producción de subjetividad y del mismo *ethos*. En otras palabras, la Bioética Urbana es una acción expuesta y manifiesta que interviene en las singularidades de los territorios, de las personas, las situaciones, las coyunturas. Hace preguntas e interpela a modo de mantener viva y en constante retroalimentación y actualización el sí mismo de cada comunidad. Es el compromiso (ligue), la respuesta (elección/decir sí) y la acción(praxis) que se abre a la potencia creativa de ser. Dice Paul Ricoeur: "El sí es esencialmente apertura al mundo, y su relación con el mundo es, sin duda, (...)concerniencia total: todo me concierne. Esta concerniencia va, del ser-en-vida al pensamiento militante, pasando por la praxis y el vivir bien" (Ricoeur 1996:347). Por lo tanto esa praxis es el ligue -a través de los *operativos*- con la convicción y el arraigo a ese *ethos* que le es propio y se inserta -a través de los *cuerpos*- en la historia de los territorios y las gentes. Es acción que a veces es necesariamente combativa, ya que va en contra de las costumbres, convenciones, instituciones, leyes y contra todo un estado cerrado o inmutable de humanidad en pos de cambiarla en su actitud ética, estética y política. Busca con ello que sea posible ese "ser en la vida" en permanente "ligue" y "materialidad" actualizada a su propio vivir bien. De esta manera, la vida de combate y de lucha por la vida misma, es una vida militante.

A su vez Foucault afirma

Militancia en medio abierto, es decir, una militancia que se dirige absolutamente a todo el mundo, una militancia que no exige justamente una educación, pero que recurre a una serie de métodos violentos y drásticos, no tanto para formar gente y enseñarle sino para sacudirla y convertirla. Es una militancia en medio abierto en

cuanto pretende evidenciar y denunciar no sólo tal o cual vicio o defecto u opinión que pueda tener tal o cual individuo, sino también las convenciones, las leyes, las instituciones que, en sí mismas, se apoyan en los vicios los defectos, las debilidades, las opiniones que la especie humana comporta en general. Es, pues, una militancia que pretende cambiar el mundo (Foucault 1984:298-299).

Es la praxis de una combatividad en cuyo horizonte hay un mundo otro. Reivindica y afirma el horizonte de su ser en sí mismo de la comunidad, de su pensar, de su hacer, de su sentir, y aunque parezca contradictorio, esta militancia constituye el cuidado de sí que crea la matriz y el germen de la experiencia ética fundamental.

De este modo la Bioética Urbana quiere ser una transdisciplina militante (Sarmiento 2017). Transdisciplina en cuanto va más allá de las disciplinas, pero que en la constitución de esa materia ligada recupera todos los saberes disponibles que hacen a la creación y actualización del *ethos*, los reivindica y afirma como ligue con esa vida otra. Una vida que es relativa al horizonte develado por los deseos, la conciencia y el ejercicio de la libertad en consonancia con su sí mismo. Militante en tanto se da en el ejercicio de la libertad de los territorios de los que brotan las inteligencias colectivas. Éstas conectan y hacen cuerpo ese mundo otro que ya nos develaron nuestros deseos y conciencias y al que es necesario construir en una actitud cotidiana. Es preciso edificarlo en consonancia con la necesidad, pero sobre todo, con la convicción y el coraje de que nazca de él, como respuesta, el compromiso y la acción de una Bioética Urbana que nos cuide e integre a un *ethos* compartido.

La Bioética Urbana como transdisciplina militante es la que cuidará y asumirá la apertura necesaria para orientar la acción y la transgresión crítica en los desarrollos dominantes. Ella dará lugar a reivindicaciones concretas y prácticas alternativas para el cuidado y reproducción de la vida.

Bibliografía

- ACOSTA A., 2015. Los gobiernos quedaron chicos ante el Vivir Bien. Entrevista hecha por el diario La Razón, versión digital. Consultado en setiembre 2015. Disponible en: http://www.la-razon.com/suplementos/animal_politico/Alberto-Acosta-gobiernos-Vivir-Bien_0_2351764867.html
- BORJA J., 2012. Tesis doctoral: "Revolución urbana y derechos ciudadanos: claves para interpretar las contradicciones de la ciudad actual", Creativcommons, Barcelona.
- DEJOURS C., 2006. La banalización de la injusticia social. Topía. Buenos Aires.
- DELEUZE G., 2008. ¿Qué es un dispositivo? Dos regímenes de locos: textos y entrevistas, Pre-Textos, Valencia.
- DI CHIRO G., 1998. La justicia ambiental y la justicia social en Estados Unidos: la naturaleza como comunidad, en GOLDMAN M., Privatizing Nature. Political Struggles for the Global Commons, Pluto Press y Transnational Institute, Londres.
- DI CHIRO G., 2013. Ambientalismo de la vida cotidiana: políticas de coalición, reproducción social y justicia ambiental, Revista Astrolabio, N° 11.
- FOUCAULT M. 1969. La arqueología del saber, Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.
- FOUCAULT M. 1984. Saber y verdad. Ed, La piqueta. Madrid. España.
- HARAWAY D., 1992. The promises of monsters: a regenerative politics for inappropriate/d others, en GROSSBERG L., NELSON C. & TREICHLER P., (Eds.) Cultural Studies, Routledge, New York, pp. 295-337.
- HARVEY D., 2012. Ciudades rebeldes. Del derecho a la revolución urbana, Akal, Madrid. España.
- LEFEVRE H., 1969. El derecho a la ciudad, Ediciones Península, Barcelona.
- LEOPOLD A., 1949. The land ethic. A sand County Almanac, Oxford University Press, New York.
- PORTO GONÇALVES C., 2004. O desafio ambiental, Record Ed., RJ, Brasil.
- PORTO GONÇALVES C., 2015. Revista del Departamento de Geografía, FFyH –UN. Córdoba –Argentina, Año 3, N° 4 -1º semestre. Disponible en: <http://revistas.unc.edu.ar/index.php/cardi/index>.
- POTTER V.R. 1988. Global Bioethics, building on the Leopold legacy, University Press, Michigan State.
- RICOEUR P. 1996. Sí mismo como otro. Siglo XXI Editores. México. España.
- SACK R., 1986. Human territoriality: Its theory and history, Cambridge University Press, Cambridge.
- SARMIENTO L. 2017. Bioética Urbana: resistencias creativas y conflictos urbanos al cuidado de la vitalidad colectiva, Tesis doctoral. Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.
- SOSA N., 2000. Ética ecológica: entre la falacia y el reduccionismo, Laguna, Revista de Filosofía Servicio de publicaciones de la Universidad de La Laguna, Islas Canarias, España.
- SVAMPA M. y VIALE E., 2014. Maledesarrollo, La Argentina del extractivismo y el despojo, Katz Ed., Buenos Aires, Argentina.